



## SEMBLANZA DE DON ISIDRO FABELA

POR EL DR. ANDRÉS IDUARTE,  
(*catedrático, ensayista, crítico*)

—¿Cuándo oímos por primera vez el nombre de Isidro Fabela?... Quizá a los siete años, de 1914 a 1917, allá en Tabasco, o en Campeche, o en Yucatán, en las calles y en las plazas sacudidas por la cabalgata de los peleadores, en los cuarteles donde nuestros *juanes* se hermanaban con los *guachos* venidos del Centro y del Norte, en las veladas familiares pobladas de disparos, de temores y esperanzas, con el corazón apretado por la ocupación norteamericana de Veracruz... O más bien después del torbellino heroico, cuando las palabras de los civiles sustituían a la seducción de las cartucheras en el alma ardiente de la infancia. Sí, tal vez entonces; la letra llega después del arrebató, la doctrina prende en el surco regado por la emoción y la sangre.

—¿O fue cuando el sacrificio de don Venustiano Carranza, en nuestra vivienda de la calle de Zacatecas de la capital de México, a las puertas de la casa del general Mariel que para nosotros los niños simbolizaba el poder y pasó, de pronto, a ser la imagen del abandono y la derrota?... Allí supimos el comienzo y el desenlace de la dramática peregrinación del mandatario viejo y barbado, arrogante y austero, a quien unos días antes habíamos visto desfilar, entero y enhiesto, por la Avenida Madero.

¿O fue en el momento del primer y más lancinante estupor de nuestra vida, en otra casa trágica, en la de la Colonia Cuauhtémoc, cuando temblamos de ira y horror ante su cuerpo yerto, rodeado de fieles llorosos y altivos?...

En los oídos de los niños de mi generación el nombre de Fabela suena junto al de otros maderistas y carrancistas, en una nebulosa de recuerdos. Es parte —y eso es lo que importa— de un

profundo sentimiento patriótico, revolucionario, idealista, justiciero, a la vez vital y doliente: fe en México, ilusión de un gobierno del pueblo y para el pueblo, fraternidad sin privilegios de arriba ni miserias de abajo, vertical decoro frente al extranjero y ya, desde entonces, ante los avatares de la lucha, el escalofrío de ver a los valientes revueltos en su sangre. Con la encendida envidia infantil de andar nosotros en los campos de batalla, algún día, rodeados de la fanfarria miliciana y de las canciones de guerra que aprendían nuestros labios, de vivir entre cornetas y clarines defendiendo la libertad, y aun con la de morir como aquellos hombres de roble en el paredón del fusilamiento, teníamos ya también la de ser como los de levita y corbata que escribían y penaban, se iban al extranjero y volvían a pelear con la pluma y la palabra, y ponían a toda hora su vida y su muerte, no menos ejemplares, al águila o sol del bien de México. Sabido o no, claro o confundido con el de muchos, el nombre de Isidro Fabela está en la música trágica que enardeció nuestra niñez de hijos de la Revolución Mexicana.

Tras de los años de la Preparatoria, y de Leyes, en que lo seguimos en la prensa y en los libros, llegó, de manera inesperada, el primer contacto personal. Fue en el París de 1928, cuando representamos a nuestros compañeros de la Universidad en un Congreso Internacional de Estudiantes. ¿En la Ciudad Universitaria del Parc Montsouris? ¿O en cuál de los grandes salones de reunión parisiense? . . . Allá conocimos a don Isidro, que fue nuestro único consejero mayor; y el más fino, discreto, comprensivo y fraternal en el ataque enderezado contra la injusticia de todas partes, contra la política de los Estados Unidos en Centroamérica, contra el fascismo naciente que nos llegó con los *camisas* negras de Italia, al lado de los jóvenes españoles que combatían a Alfonso XIII y al general Primo de Rivera y anunciaban la República, junto a los hispanoamericanos que combatían a sus espadaños, en el empeño que produjo la Confederación Iberoamericana de Estudiantes. Uno más entre nosotros —de espíritu tan joven como el más juvenil de los jóvenes, y más sereno que el de todos— fue entonces don Isidro: su experiencia organizó nuestros debates, nos enseñó maneras hábiles pero nunca tortuosas, suavizó la pasión sin pretender extinguirla cuando era legítima, abrió nuestros ojos para entender y aprovechar las limpias divergencias y, en suma, acrisoló el fondo y depuró la forma de nuestro pensamiento, encabalgado en el ímpetu

de los veinte años. Mexicanos, hispanoamericanos de todas partes y españoles de la España nueva guardamos desde entonces su consejo y su estampa en un corazón agradecido y memorioso.

En frío, o, mejor dicho, con menos ardor, ya en la segunda juventud y en la madurez, el afecto y la estimación se galvanizaron. El diplomático y el escritor siguió defendiendo, con igual firmeza, siempre por encima de pasiones y sectarismos de grupo y de partido, la causa de nuestro pueblo: artículos, ensayos, libros nos llegaban a México, a Madrid, a París, a Nueva York, a La Habana, y era el mismo Fabela reflexivo, contenido, con el fiel en la cruz de la justicia y la verdad. De la misma manera insistía en la defensa de los pueblos hollados por el nazismo, con la más devota emoción puesta en la causa de los españoles caídos con honra en la desigual batalla, y en la de los hispanoamericanos, celosos de su soberanía a la que ha dedicado sus mejores estudios jurídicos.

No ha habido palabra ni letra suya sin estricto apego a la política internacional de México, empeñado, en nombre de nuestro pueblo, y para el bien de todos, en el amparo de los débiles, ha puesto igual energía en la polémica que atañe a la propia casa como en la que trata del asunto al parecer más ajeno, y siempre sin odio, sin demagogia, sin arteria. Patriota y liberal, jurisconsulto y humanista, nunca ha bregado por las justas causas de México y nuestra América ignorando o soslayando las de más lejos ni jamás ha condenado a un agresor para callar ante otro de signo opuesto o diferente. Enseña y conmueve ver en uno de sus últimos libros, *Paladines de la libertad* (México, 1958), sus trabajos tan admirativos para Jorge Washington como para Hidalgo y Morelos, Bolívar y San Martín, Madero y Carranza, Sandino. Desde 1927 escribió:

A los Estados Unidos les falta un hombre que, sabiéndose elevar por encima de los intereses bancarios y petroleros de Wall Street, descara y supiera hacer el bien para restablecer el reino de la tranquilidad y la dicha en América. Necesitan un Cavour que pusiera, no sólo su inteligencia, sino su corazón, en una obra indestructible de emoción continental. Les falta un Gladstone que practicara su sabia máxima: "Adoptemos como línea de conducta obrar hacia las demás naciones como deseáramos que obraran con nosotros". ¿Cuándo habrá en los Estados Unidos hombres así? Algún día, porque un pueblo que ha dado al mundo la probidad de un Jorge Washington, tendrá qué producir figuras mucho mejores que las actuales. (*Los Estados Unidos y la América Latina (1921-1929)*, México, Cuadernos Americanos, 1955, p. 66).

Treinta años después suena su misma voz enérgica y cordial, que bien podemos llamar martiana porque nace del “decoro firme” y la “sagaz independencia” que preconizó y ejerció el gran cubano, apegada al bien y a la justicia para todos:

Toda la inverecundia que las empresas petroleras enderezaron contra México, se estrelló en la coraza invulnerable de Roosevelt y la incorruptible conciencia de Josephus Daniels, que no sólo se opusieron decididamente a la intervención, sino que consideraron que la expropiación era un acto legítimo de soberanía que las empresas afectadas debían obedecer, y el gobierno de Washington respetar.

Del mismo modo que Woodrow Wilson contra el alud de las demandas de intervención en México, que lo sitiaba por todas partes, quiso y pudo contrarrestarlas con su espíritu justiciero y honesto.

La *Historia Universal* nos enseña que los pueblos, cuando pasan por agudas crisis, encuentran su salvador, el hombre del momento histórico, el genio, el apóstol o el vidente que surge de las mismas necesidades populares, como un producto de la naturaleza.

Por esto creo que del seno mismo del pueblo estadounidense se levantará el nuevo redentor de América, el que, inspirado en George Washington, y poniendo sus plantas en la Casa Blanca y su alma en todas las naciones de nuestra raza, restaure en el Continente las fuerzas de la libertad, de la moral y de la Ley. (*Historia diplomática de la Revolución Mexicana*, México, Fondo de Cultura, 1958 pp. 370-371).—t. 1º.

Estudioso de vasta lectura y rigurosa disciplina, hombre de gabinete, conocedor de su carrera diplomática en su esencial base jurídica y también en las maneras tan mexicanas de su trato exquisito, no ha dejado nunca de ser milagro poco frecuente, un hombre de carne y hueso, de corazón bien puesto y espina dorsal inquebrantable. Por el hombre supo pelear en la Revolución Mexicana, y por él sigue peleando hasta hoy, enfrentado a daños materiales y a pérdidas de posiciones vistosas, cuando su deber moral está en juego. En sus *Cartas al presidente Cárdenas* (México, 1947, p. 13), le dice: “Al escribirle lo haré expresándole mi pensamiento con toda franqueza, pues considero que el diplomático que con su gobierno y su presidente no procede con libertad de criterio, ni es un eficaz funcionario ni dará prueba de leal adhesión...” Quienes tengan la idea del *diplomático* al uso, del que realmente

no lo es, sometido a los intereses de los poderosos y deformado por el protocolo, encontrarán en Fabela la estampa del verdadero, del auténtico, del que merece ser llamado representante de su patria y de su pueblo.

Su vida afanosa de funcionario no ha impedido a don Isidro abordar otros temas, acercarse a la literatura de creación y a la crítica. De su buena puntería para acertar en el elogio del mérito, son testimonio sus artículos sobre mexicanos tan ilustres como Alfonso Reyes y Diego Rivera y su despedida a Rómulo Gallegos cuando el gran venezolano dejó el exilio de México para volver a Caracas en febrero de 1958; y de su espíritu de justicia, por encima de los errores humanos, sus páginas sobre Manuel Ugarte, el escritor argentino cuyo haber supera con mucho al debe político de sus últimos años. Y no menos podría decirse de la dedicación de Fabela a otras muchas disciplinas.

Los que conocen su vida privada pueden ampliar profusamente esta semblanza. Y los que no la conocen, podrán hacerlo con sólo leer su *Carta de Isidro Fabela a su hijo Daniel* (México, 8 de septiembre de 1951). Nadie es grande sin ternura. Para serlo, hay que tenerla en primer término. El amor paternal por los hijos que hizo suyos en el más dramático momento de la guerra de España, deja ver la diáfana pureza en que descansa el ardimiento del combatiente y el fervor del patriota.